

UN AJIACO DE CULTURAS: HISTORIA Y MESTIZAJE EN LA LITERATURA ANGLOCARIBEÑA

Ana Bringas López

El Caribe contemporáneo se caracteriza por una gran diversidad étnica, lingüística y cultural. Utilizando una metáfora culinaria netamente caribeña, podemos describir la región como un ajiaco de culturas,¹ en el que elementos procedentes de Europa, África y Asia, junto con los rasgos amerindios autóctonos que lograron sobrevivir a la colonización europea, se han sincretizado creativamente en una nueva cultura mestiza, que al mismo tiempo ha sido capaz de mantener en buena medida la especificidad de sus componentes individuales. Este mestizaje se manifiesta en todos los aspectos de la vida caribeña: la composición étnica de la población, las lenguas criollas, el sincretismo religioso, las tradiciones culturales, la gastronomía, el arte y, por supuesto, la literatura.

La diversidad cultural caribeña es heredera de complejísimo procesos históricos que tuvieron lugar en la región desde la llegada de las expediciones europeas a finales del siglo XV. A la fragmentación geográfica derivada de la insularidad del territorio, hay que añadirle la fragmentación

1) El ajiaco es un guiso típico de la cocina criolla cubana, que contiene un poco de todo (carne de cerdo o ternera, tasajo, plátano, yuca...). Por analogía, Esteban Pichardo, lexicógrafo cubano del siglo XIX, definió el ajiaco en estos términos: “Metafóricamente cualquiera cosa revuelta de muchas diferencias confundidas”. En 1939, Fernando Ortiz utilizó con éxito la metáfora para referirse a Cuba como un ajiaco en tanto crisol de elementos humanos. En algunos territorios caribeños de lengua inglesa, se suele utilizar el término *callaloo*, una típica sopa de muchos ingredientes, como metáfora de la identidad caribeña (ver, por ejemplo, Khan 2004).

cultural resultante de la intervención de diferentes potencias coloniales. Algunos estudios hablan de una “balcanización residual” de la región (Kutzinski 2001: 16), que aún hoy en día se ve compartimentada en función de líneas político-culturales herederas del colonialismo. Esta circunstancia no favorece precisamente la comunicación entre territorios de grupos lingüísticos diferentes, si bien en los últimos años los diferentes países están realizando esfuerzos para establecer instituciones y líneas de actuación pancaribeñas que permitan a sus dependientes economías enfrentarse con éxito a la era global.

Sin embargo, a pesar de esta fragmentación, todos los países caribeños comparten una historia común de genocidio, colonialismo y esclavitud, así como de dominio neocolonialista de los Estados Unidos, el país que actualmente ejerce su hegemonía económica y política en la región. Por lo tanto, aunque este artículo se va a ocupar del análisis de la literatura caribeña anglófona, hay que tener en cuenta que muchas de las cuestiones históricas, culturales y literarias que se expondrán a continuación son también de aplicación en otras zonas lingüísticas (de habla española, francesa u holandesa) que comparten la misma historia.

EL CARIBE, UNA ENCRUCIJADA DE PUEBLOS Y CULTURAS

El Caribe es un inmenso archipiélago formado por más de siete mil islas de diverso tamaño. También se consideran parte de la región los territorios continentales de América Central y

del Sur cuyas costas están bañadas por el mar Caribe.² Tanto la región como el mar toman su nombre de la etnia caribe, uno de los pueblos precolombinos que habitaban la zona. En las lenguas románicas, la zona se conoce también como las Antillas, un nombre derivado de *Antilia*, una isla mítica que se creía situada en el Atlántico. En inglés, además, se utiliza la expresión *West Indies*, literalmente “Indias Occidentales”, una denominación que triunfó a pesar de responder al error histórico cometido por Cristóbal Colón cuando creyó haber llegado a India.³ Los territorios que hoy en día conforman el denominado Caribe anglófono son los siguientes: por un lado, las islas de Jamaica, Barbados, Trinidad y Tobago, Dominica, Granada, Antigua y Barbuda, las Bahamas, San Cristóbal y Nieves, Santa Lucía y San Vicente y las Granadinas; por otro lado, los territorios continentales de Belice (Centroamérica) y Guyana (América del Sur); finalmente, los territorios de ultramar bajo soberanía colonial británica: Anguila, Islas Vírgenes británicas, Islas Caimán, Montserrat e Islas Turcas y Caicos.

Aunque la imagen estereotipada del Caribe que se proyecta en Occidente desde el sector turístico presenta la región como un paraíso de vegetación exuberante, playas vírgenes y

2) Los territorios insulares suelen dividirse en Antillas Mayores y Antillas Menores. El grupo de las Antillas Mayores incluye Cuba, la Española (isla compartida por Haití y la República Dominicana), Puerto Rico y Jamaica. Las conocidas como Antillas Menores son un numeroso grupo de islas más pequeñas, de origen volcánico, dispuestas en forma de arco y situadas en el Caribe oriental. Finalmente, otras islas quedan fuera de estos grupos: así, Aruba, Bonaire y Curaçao están situadas frente a la costa de Venezuela, mientras que las Bahamas se hallan al este de la península de Florida.

3) *West Indies* en inglés suele referirse únicamente al Caribe anglófono, mientras que, cuando se pretende incluir islas de otros grupos lingüísticos, es más frecuente el uso del término *Caribbean*. Esto, sin embargo, no es en absoluto una regla exacta; muy a menudo ambas expresiones se utilizan indistintamente.

clima benigno, lo cierto es que la zona está sujeta a una gran variedad de fenómenos naturales de gran poder destructor, como terremotos, huracanes, inundaciones, erupciones volcánicas y corrimientos de tierras que, además, tienen importantes repercusiones económicas.⁴ Estos fenómenos se derivan inevitablemente del emplazamiento de la región, situada en la confluencia de varias placas tectónicas y en la ruta de los huracanes que se forman en el Atlántico; no obstante, sus consecuencias se ven exacerbadas por las condiciones medioambientales derivadas de la intensísima explotación de los recursos naturales de la zona a lo largo de los últimos siglos. Así, por ejemplo, la deforestación extrema llevada a cabo en Haití para la explotación agraria intensiva, especialmente de la caña de azúcar, ha tenido como consecuencia intensas sequías, la erosión del terreno y una gran desprotección frente a los aguaceros que acompañan a huracanes y tormentas tropicales. En un país cuyo principal recurso es la agricultura de subsistencia, esto tiene consecuencias devastadoras para la población; de ahí que Haití, la primera de las colonias

4) Los registros históricos dan testimonio de la periódica devastación sufrida por los diferentes territorios: en 1692, el terremoto más famoso del Caribe destruyó Port Royal (Jamaica) uno de los puertos más activos de la región, causando miles de víctimas; en 1907 otro terremoto, esta vez en la capital, Kingston, destruyó una buena parte de los edificios históricos de la ciudad. Más recientemente, en enero de 2010, un sismo de magnitud 7 con epicentro cerca de Puerto Príncipe, la capital de Haití, provocó más de 200.000 víctimas mortales, además de causar una enorme destrucción de edificios y recursos en toda la zona. Por lo que se refiere a los volcanes, desde la década de los noventa, la isla de Montserrat se ha visto gravemente afectada por varias erupciones del volcán Soufrière Hills, que prácticamente destruyó la capital y principal puerto de la isla, causando una emigración masiva de su población. También los huracanes visitan periódicamente la región, provocando numerosas víctimas y cuantiosos daños materiales. Algunos de los huracanes recientes más destructivos afectaron a Granada (Iván, 2004), Haití (Jeanne, 2004), Cuba (Wilma, 2005) y al Golfo de México y sudeste de Estados Unidos (Katrina, 2005).

caribeñas en independizarse en 1804, sea hoy en día el país más pobre del continente americano.

Aunque la llegada de los primeros colonizadores se produjo por casualidad, cuando Cristóbal Colón buscaba una ruta más rápida hacia Asia que permitiera expandir el comercio europeo, tras el “descubrimiento” la región se convirtió en una zona estratégica para Europa, no sólo por sus recursos naturales sino también como plataforma para impulsar la expansión colonial hacia otros territorios del norte y del sur del continente americano.⁵ La introducción de la caña de azúcar en el segundo viaje de Colón en 1493 cambió radicalmente la historia del Caribe. La caña se convirtió, junto con los metales preciosos como el oro, en el principal recurso de la región. Tanto el cultivo de caña como la minería requería gran cantidad de mano de obra y la población nativa fue obligada a trabajar en plantaciones y minas. Su explotación como fuerza de trabajo, junto con la guerra, el maltrato y la introducción de enfermedades europeas como la gripe o la viruela, antes inexistentes en la zona, desencadenaron un genocidio que en pocas décadas provocó la desaparición de algunos grupos étnicos, mientras que otros se vieron considerablemente reducidos en número.⁶

5) Varias potencias europeas lucharon durante siglos por el control de la región: España, Gran Bretaña, Francia, Holanda y, en menor medida, Dinamarca. Los frecuentes cambios de metrópoli que acontecían en las islas caribeñas (algunas de las cuales llegaron a pertenecer hasta a tres potencias coloniales distintas) y sus implicaciones en la definición de la identidad se reflejan muy bien en esta quintilla escrita por un sacerdote dominicano: “Ayer español nací / a la tarde fui francés, / a la noche etíope fui, / hoy dicen que soy inglés: / ¿no sé qué será de mí?” (citada en Mateo Palmer 1990: 5-6). Finalmente, el Caribe perdió su importancia geoestratégica para Europa después de las guerras napoleónicas.

6) Es difícil calcular con exactitud la población nativa en el tiempo de la conquista, pero se estima que ésta podría estar entre uno y tres millones de personas. A pesar de que estas etnias desaparecieron como grupos separados, sus descendientes

En 1518 comenzó el tráfico de personas procedentes de África para abastecer las plantaciones caribeñas de mano de obra. El comercio esclavista atlántico (conocido en inglés como *Middle Passage*) seguía una ruta triangular que unía África Occidental (de donde procedía la mano de obra esclavizada, capturada o comprada a los jefes locales), el Caribe y América del Norte y del Sur (donde se depositaban las esclavas/os y se cargaban los barcos de azúcar, café, algodón, oro, plata, etc.) y por último Europa, lugar de destino final de las mercancías que satisfacían tanto los nuevos gustos de la población consumidora como las demandas de su incipiente industrialización. Hasta la abolición de la esclavitud en el siglo XIX—concretamente en 1838, en los territorios británicos—, millones de seres humanos fueron sometidos a unas condiciones de vida indignas, sobre las cuales se sustentaba un régimen económico perfectamente engranado (mano de obra africana, terreno caribeño y capital europeo) que impulsó el desarrollo económico de Europa, su revolución industrial y su expansión imperialista por todo el orbe.⁷

Los largos siglos de esclavismo fueron determinantes en la configuración demográfica, socioeconómica, política y cultural de la sociedad caribeña, organizada como una

sobreviven mezclados con personas africanas y muchos rasgos culturales (comida, agricultura, mitología) sí han logrado sobrevivir al exterminio. Para un estudio detallado de los primeros contactos entre Europa y la población nativa caribeña, ver Hulme (1992).

7) Resulta imposible calcular el número de personas africanas que sufrieron la esclavitud. Algunos estudios hablan de 15 millones durante el período de la trata, si bien hay que tener en cuenta que los registros no incluyen los miles de personas que fueron arrojadas al mar durante la travesía atlántica porque, al enfermar durante el viaje, se convertían en una carga para los traficantes, que obtenían más beneficio reclamando el seguro por los gastos derivados de la pérdida de su mercancía humana. La afroamericana Toni Morrison, premio Nobel de Literatura en 1993, dedica su aclamada novela sobre la esclavitud *Beloved* a los “sesenta millones y más”.

pigmentocracia en la que la minoría constituida por la clase terrateniente blanca ejercía el poder económico y social. Aunque ambos estamentos ocupaban parcelas segregadas en la sociedad esclavista, la convivencia en ciertos ámbitos (la plantación y la Casa Grande, fundamentalmente) desencadenó un proceso inevitable de criollización, que Brathwaite define como una actividad recíproca, una mezcla y enriquecimiento mutuo de ambas culturas (1974: 11). Esto dio lugar a una cultura específicamente caribeña, que ya no era ni británica ni africana. Un clarísimo ejemplo de este mestizaje lo encontramos en las lenguas criollas, originadas a partir del contacto entre el inglés y las lenguas africanas, que fueron prohibidas por los esclavistas para evitar sublevaciones, dejando a la población africana sin otra opción que aprender como podía el inglés de los europeos. Con el tiempo, estas lenguas criollas, inicialmente muy rudimentarias, se fueron desarrollando y se convirtieron en el medio de comunicación mayoritario de todos los grupos étnicos del Caribe anglófono.⁸

Las relaciones raciales se complicaron más aún cuando, tras la abolición de la esclavitud, se comenzó a importar mano de obra asiática para sustituir a las/os africanas/os, que se negaban a trabajar para los blancos. Estas/os trabajadoras/es procedían en su mayoría del subcontinente indio, y en menor medida de China y otros países (Líbano, Siria, Portugal, Irlanda...), y eran reclutadas/os mediante un tipo de contrato de trabajo pseudoesclavista (en inglés, *indentureship*) que las/los ataba a sus amos durante años. Los empleadores europeos no solían cumplir su parte del contrato y miles de personas se

8) A pesar de esto, el inglés ha conservado su estatus de privilegio y es la única lengua oficial del Caribe anglófono. No obstante, en las últimas décadas las lenguas criollas se han dignificado considerablemente, en gran parte debido a su uso literario y al interés de la clase académica por su estudio y clasificación.

vieron obligadas a quedarse en el Caribe, por no poder pagar el viaje de regreso a sus tierras de origen. Este período duró hasta bien entrado el siglo XX y tuvo consecuencias sociales importantes, al crear tensiones raciales entre la población asiática y la africana, que percibía a la primera como un obstáculo en su progreso económico y social.⁹

Durante la primera mitad del siglo XX se fue desarrollando una conciencia racial y anticolonialista que, con la progresiva consolidación de una clase media afrocaribeña implicada en el movimiento nacionalista, permitió ir avanzando gradualmente hacia la independencia. Tras un intento fallido de constituir una Federación de países que perseguía atenuar la rivalidad interterritorial derivada de la insularidad y de la historia, la independencia de los territorios caribeños de soberanía británica se produjo de manera pacífica y con consentimiento imperial, a partir de 1962.¹⁰ Con posterioridad a la independencia, las nuevas naciones continúan siendo económicamente débiles. Aunque algunos países cuentan con importantes recursos naturales (petróleo en Trinidad o bauxita en Jamaica, por ejemplo), la principal actividad económica, que casi se ha convertido en el nuevo monocultivo de la región (Blouet 2007: 14), es el turismo, que si bien constituye una importante fuente de ingresos, tiene contrapartidas negativas, ya que, además de suponer una

9) Estas tensiones han persistido hasta la actualidad y se reflejan, por ejemplo, en la polarización política que existe en territorios de fuerte presencia indocaribeña, como Trinidad o Guyana, donde cada grupo étnico apoya a un partido diferente e históricamente ha habido numerosos enfrentamientos violentos entre los grupos africano y asiático.

10) Todos los nuevos estados anglocaribeños optaron por ser miembros de la *Commonwealth* y todos ellos, con la única excepción de la República de Trinidad y Tobago, tienen a la reina Isabel II como jefa de estado, representada por un Gobernador General.

dependencia de las economías de los países más desarrollados, tiene un fuerte impacto medioambiental y cultural. La situación económica y la falta de perspectivas provoca que muchas personas caribeñas continúen optando por la emigración, al igual que lo hicieron las generaciones anteriores, y hoy en día hay importantes comunidades caribeñas en los centros metropolitanos occidentales (sobre todo en Gran Bretaña, Canadá y Estados Unidos) que siguen manteniendo lazos familiares y culturales con su tierra de origen.

Por otra parte, no se debe subestimar la enorme influencia neocolonial que ejerce Estados Unidos en la región: a pesar de que sólo tiene dominio formal sobre Puerto Rico y las Islas Vírgenes estadounidenses, vigila de cerca la política y la economía de todos los territorios, llegando incluso a intervenir militarmente cuando considera que sus intereses se ven amenazados, como sucedió en Granada en 1983, cuando Estados Unidos invadió la isla para poner fin a la deriva marxista del gobierno. Y, por supuesto, su hegemonía cultural, a través del turismo y los medios de comunicación de masas, es avasalladora, poniendo en peligro la soberanía cultural de los países caribeños, como se denuncia reiteradamente desde la literatura.

En las últimas décadas, los países del Caribe han hecho un esfuerzo importante para vencer el legado histórico de la fragmentación impuesta por la insularidad y el colonialismo, agrupándose en instituciones pancaribeñas de cooperación económica que les permitan hacer frente a los difíciles retos de la economía global. En 1973 se constituyó el CARICOM, una comunidad económica caribeña circunscrita sobre todo al ámbito anglófono. Más recientemente, se ha creado la Asociación de Estados Caribeños (1995), que agrupa a países tanto insulares como continentales de diversas expresiones

lingüísticas, con el fin de promover la cooperación económica. Otras instituciones, en este caso de carácter cultural, que también favorecen la cohesión regional son la University of the West Indies, con campus en Jamaica, Barbados y Trinidad, y el equipo caribeño de críquet, el deporte nacional en todo el Caribe anglófono.¹¹ También en el ámbito cultural se evidencia la intensa cooperación interlingüística entre los diversos territorios; algunos ejemplos que se pueden destacar son las numerosas actividades literarias de ámbito pancaribeño (congresos, premios literarios, publicaciones, traducciones) desarrolladas por la Casa de las Américas, la prestigiosa institución habanera, o el CARIFESTA, un Festival de las Artes multidisciplinario auspiciado por el CARICOM y que reúne periódicamente en un país anfitrión diferente a representantes de todos los países caribeños en una celebración colectiva de su rico legado cultural.

LALITERATURAANGLOCARIBEÑA:LAREVISIÓN DE LA HISTORIA Y LA CONSTRUCCIÓN DE LA IDENTIDAD

La literatura anglocaribeña es el producto de la experiencia de colonización, esclavitud africana y asiática, racismo y dislocación cultural que ha caracterizado a la región en los últimos siglos. Desde sus comienzos en el siglo XVIII

11) Este equipo, conocido como los *Windies*, uno de los mejores del mundo en este deporte, se convirtió en mucho más que un fenómeno deportivo, cuando en 1950, en pleno auge del movimiento nacionalista caribeño, derrotó por primera vez a Gran Bretaña, la metrópolis colonial. El triunfo se percibió como una reivindicación simbólica, no sólo en el Caribe que pugnaba por su independencia, sino en la propia Inglaterra, por parte de los miles de inmigrantes que por entonces estaban despertando del sueño colonial a la realidad del racismo inglés, que les otorgaba únicamente una ciudadanía de segunda clase.

hasta nuestros días, su desarrollo ha ido reflejando las sucesivas etapas históricas de los diversos territorios: después de unos inicios en que predominaban obras de autoría blanca que imitaban modelos coloniales, es a partir de principios del siglo XX, coincidiendo con el emergente movimiento nacionalista, cuando comienzan a aparecer autoras/es que no miran hacia Inglaterra sino hacia el Caribe. Desde entonces, se produce una intensa actividad literaria y también crítica que persigue dignificar la cultura caribeña, su sociedad y sus habitantes, reivindicando su interés literario y la necesidad de romper con la tradición inglesa para construir modelos autóctonos que conviertan el Caribe y sus gentes en sujetos literarios de pleno derecho.

Con una historia plagada de traumas colectivos y conflictos sociales y culturales, no es difícil comprender por qué la literatura caribeña ha encontrado en su pasado una fuente inagotable de material literario. Como sucede en todas las culturas poscoloniales, la literatura, al igual que otras artes, se convierte en un emplazamiento privilegiado para la revisión de la historia, no sólo para visitar los traumáticos acontecimientos del pasado sino también para examinar sus consecuencias contemporáneas en lo referente a la política, la raza, la clase, la pobreza económica y la opresión. Como sugiere este fragmento de Kamau Brathwaite (Barbados), la historia traumática del Caribe está inscrita en la propia cartografía de la región y sus ramificaciones llegan hasta la actualidad: “Looking through a map / of the Antilles, you see how time / has trapped / its humble servants here. De- / scendants of the slave do not / lie in the lap / of the more fortunate / gods” (“Islands”, *Islands*, 1969). En el contexto poscolonial, el proceso revisionista se percibe como una condición esencial para la restauración de la psique del sujeto colonizado, maltratada por la historia oficial:

la revisión es fuente de regeneración y de identidad, aunque inevitablemente conlleva también sufrimiento (Ledent 1997: 271). Así lo manifiesta Derek Walcott (Santa Lucía), que en su poema de 1962 “A Far Cry from Africa”, reflexiona sobre su conflicto de lealtades, resultante de su herencia mestiza británica y africana, con una visión muy negativa de su hibridismo cultural: “I who am poisoned with the blood of both, / Where shall I turn, divided to the vein?” (en Burnett 1986: 243).

Dos temas destacan especialmente en relación con la historia: el colonialismo y la esclavitud. El primero de ellos dominaba las narrativas que se publicaron en la década de 1950, a partir de las cuales la crítica especializada ha fijado el canon de la literatura caribeña.¹² El anti-imperialismo y el nacionalismo fueron parte esencial del movimiento político por la independencia y del nacionalismo cultural que constituyó la manifestación de dicho movimiento. La literatura de la época refleja recurrentemente la preocupación por articular una identidad nacional caribeña resistente a las imposiciones políticas y culturales de la metrópolis. En la narrativa, esta preocupación se concretó en un interés renovado por la historia para construir al sujeto colonizado como protagonista y no como mero objeto de ésta. Así, la novela *New Day* del jamaicano V.S. Reid (1949) exploraba

12) Ha habido consenso entre la crítica especializada en fijar el canon de la literatura caribeña a partir de los autores que comenzaron a publicar en esta década. Se trata, en general, de autores masculinos, con educación superior, de clase media y radicados en Londres, temporal o permanentemente. Entre ellos se incluyen los premios Nobel caribeños V.S. Naipaul (2001) y Derek Walcott (1992), además de George Lamming, Sam Selvon, Edward Kamau Brathwaite, Andrew Salkey, V.S. Reid o Wilson Harris. Sus obras contribuyeron a fijar unos parámetros críticos que, aún hoy en día, siguen aplicándose, aunque en ocasiones pueden limitar el estudio de una producción literaria que en la actualidad es mucho más diversa.

la continuidad de la experiencia histórica, situando la Nueva Constitución de Jamaica de 1944, por la que Gran Bretaña le otorgaba el autogobierno a la isla, en el marco de los movimientos anticoloniales que se iniciaron con la rebelión de Morant Bay en 1865.¹³ La novela de Reid fue también pionera en su uso del criollo jamaicano, que abrió el camino de la dignificación literaria de las lenguas propias del Caribe, que pronto seguirían otros autores. Otras novelas de la época que revisan la historia del colonialismo son *A Brighter Sun* del trinidadense Sam Selvon (1952), que explora la experiencia de la comunidad indocaribeña de Trinidad en su transición desde la vida de la plantación de caña a un contexto de urbanización y criollización cultural, e *In the Castle of My Skin* del barbadense George Lamming (1953), que recrea la infancia de un niño llamado G en un Barbados casi feudal, mostrando el proceso de madurez personal y política del protagonista en paralelo al proceso de cambio social que conduce al desmantelamiento de las viejas estructuras.

La novela de Lamming es, además, un excelente ejemplo de una tendencia recurrente en la literatura anglocaribeña: el uso de la infancia para la exploración de cuestiones identitarias personales y nacionales y como emplazamiento simbólico de los conflictos sociales. Así, *Crick Crack Monkey* de la trinidadense Merle Hodge (1970) narra la historia de una niña huérfana, Tee, dividida entre la seguridad que le proporciona el mundo rural tradicional representado por su tía paterna Tantie y la alienación que siente en el mundo de clase media

13) La rebelión fue protagonizada por la población afrojamaicana que, a pesar de la abolición de la esclavitud, continuaba sufriendo pobreza extrema y exclusión política y social. Las autoridades coloniales británicas reprimieron con extraordinaria dureza a los rebeldes, lo que generó un intenso debate en Gran Bretaña sobre su política colonial.

y valores occidentalizados que representa su tía materna Beatrice. Cada una de estas mujeres simboliza un conjunto de valores de clase, raza, lengua y género, y Tee debe escoger uno de estos dos modelos en conflicto. Al final, Tee terminará por pertenecer a ambos mundos a la vez pero a ninguno de ellos por completo. La novela refleja así la alienación cultural derivada de la yuxtaposición de dos sistemas de valores opuestos y relacionados jerárquicamente, un tema que Hodge aborda también en su segunda novela, *For the Life of Laetitia*, publicada en 1994.

En todas las novelas de infancia, la criatura protagonista recoge, junto con sus experiencias personales, su percepción del impacto de los acontecimientos políticos y sociales; así sucede en los cuentos de *Miguel Street*, del Nobel caribeño V.S. Naipaul (1958), donde a través de los ojos del niño protagonista se va dibujando un retrato de la sociedad trinidadense de la época.¹⁴ Algunos otros textos de gran interés en los que la infancia constituye un trasunto de temas sociales más profundos son *Annie John* (1983) de Jamaica Kincaid (Antigua), donde se revisan cuestiones como el colonialismo, el racismo, la cultura autóctona frente a la educación colonial europea o la influencia de las políticas coloniales de género en la relación entre madres e hijas; y, finalmente, las tres colecciones de cuentos de la narradora y poeta jamaicana Olive Senior (*Summer Lightning*, 1986, *Arrival of the Snake Woman*, 1989 y *Discerner of Hearts*, 1995), que exploran cómo los conceptos sociales jerárquicos en torno a la raza, color, clase y género determinan el progreso

14) V.S. Naipaul es uno de los autores caribeños más conocidos internacionalmente y sus obras han sido traducidas a muchos idiomas, incluido el español. Para un estudio pormenorizado en lengua española de la obra de Naipaul en el contexto de la literatura poscolonial, ver Varela Zapata 1999.

individual de sus protagonistas y a menudo conducen a éstas/os al desarraigo y el aislamiento.

De todos los acontecimientos históricos que tuvieron lugar en el Caribe, es sin duda la esclavitud africana el que ha dejado una huella más profunda en la sociedad caribeña y su memoria colectiva. A pesar de esto, las narrativas del canon no han tratado la esclavitud como un tema literario central, sino que se han ocupado más bien de explorar las consecuencias sociales y psicológicas del sistema. Precisamente en la novela de Lamming antes mencionada, *In the Castle of My Skin*, un maestro en la década de 1930 niega ante su alumnado la existencia del régimen esclavista en Barbados; en ésta, como en otras muchas obras caribeñas clásicas, la esclavitud se hace presente paradójicamente a través de su ausencia. No ha sido hasta la década de 1980 cuando la revisión literaria de la “institución peculiar”¹⁵ ha pasado a ocupar un lugar central en la literatura caribeña. Esta tendencia obedece en gran medida a la influencia de autoras afroamericanas como Alice Walker y Toni Morrison, algunas de cuyas obras más apreciadas se sitúan en tiempos de la esclavitud. Al igual que Morrison, que explica su decisión de reescribir la historia como una consecuencia de la responsabilidad que tienen las escritoras y escritores negros de revivir la memoria amenazada del pasado, muchas autoras y autores del Caribe han invocado también la idea de responsabilidad con respecto a la memoria histórica y el compromiso de la literatura con la comunidad.

Estas obras, que se inspiran en la tradición de las narrativas de esclavitud,¹⁶ coinciden en presentar un retrato

15) El término “institución peculiar” (en inglés, *peculiar institution*) se utilizaba en la época para referirse eufemísticamente a la esclavitud.

16) Se trata de narrativas autobiográficas que las personas esclavizadas escribieron para abogar por la abolición de la esclavitud. Eran relatos de experiencias perso-

de ésta como un sistema esencialmente injusto y corrupto que afectó negativamente a todos los grupos sociales y raciales implicados en él. El objetivo es ofrecer una reflexión más que una condena o, en palabras de George Lamming, proyectar una mirada retrospectiva, no como una queja ni con rencor, sino como parte de la necesidad de comprender el pasado (1992: 254). Desde un punto de vista formal, se trata, en general, de obras abiertas y fragmentadas, con predominio de perspectivas múltiples, subjetivas y/o autobiográficas. El resultado son textos polifónicos cuyas voces individuales, textualizadas a través de diversos discursos, ofrecen versiones dialógicas que se contradicen y complementan, rellenando los espacios en blanco dejados por el monologismo de las narrativas imperiales y dando voz a personajes que fueron excluidos de la historia oficial.

Uno de los autores más interesantes de esta tendencia es el guyanés Fred D'Aguiar, que ha abordado la esclavitud en tres de sus cinco novelas publicadas hasta la fecha: *The Longest Memory* (1994), *Feeding the Ghosts* (1997) y *Bloodlines* (2000).¹⁷ Uno de los conceptos temáticos y estructurales más recurrentes en estas novelas es el de la memoria, utilizada por el autor para escribir una historia alter/nativa que incorpore

nales que trataban de sensibilizar al público lector sobre su situación. En el Caribe se conserva una única narrativa de esclavitud, aunque probablemente existieron otras. Se trata de *The History of Mary Prince, A West Indian Slave, Related By Herself* (1831), la autobiografía de Mary Prince, que es, además, el primer texto en prosa caribeño escrito por una mujer y el primer testimonio femenino sobre la esclavitud, ya que las autobiografías que habían aparecido con anterioridad en otros territorios esclavistas eran de autoría masculina.

17) *The Longest Memory* y *Feeding the Ghosts* han sido traducidas al español: *La memoria más larga* y *El mar de los fantasmas*, ambas publicadas por la editorial Andrés Bello. D'Aguiar es también un reputado poeta y dramaturgo y sus obras han obtenido numerosos premios literarios, tanto en el ámbito postcolonial como en el británico y estadounidense.

los discursos periféricos soslayados por la historia oficial. Cada personaje construye su historia personal de la esclavitud a partir de unos dolorosos recuerdos que nunca se pueden dejar atrás. Así, en *The Longest Memory*, el viejo africano Whitechapel se deja morir de pena y de culpa, intentando en vano olvidar que causó involuntariamente la muerte de su hijo, al delatar su fuga de la plantación, en la convicción de que, al hacerlo, estaba librándole de males mayores; para Whitechapel, el recuerdo no es más que dolor: “Memory is pain trying to resurrect itself” (138). De modo similar, en *Feeding the Ghosts*, la ex esclava Mintah, ya libre, rememora cómo consiguió sobrevivir después de que, durante la travesía atlántica desde África en el barco negrero *Zong*,¹⁸ enfermó y fue arrojada por la borda. Al contrario que Whitechapel, que quiere olvidar para no sufrir, Mintah es consciente de la importancia de recordar y del poder de la memoria narrada; por esta razón, escribe su experiencia en un diario con el que después está a punto de conseguir que los inversores propietarios del *Zong* pierdan el juicio en que reclaman la compensación económica del seguro. Finalmente, en *Bloodlines*, D’Aguiar otorga el peso de la narración al hijo ilegítimo de una pareja racialmente mixta: su madre, Faith, africana esclavizada, y su padre, Christy, el hijo de un plantador, viven una historia de amor prohibida que finalmente les lleva a la muerte; este final trágico condena al hijo de ambos a la inmortalidad hasta que llegue el momento

18) El *Zong* era un barco esclavista que transportaba esclavas/os desde Liverpool hasta Jamaica en 1781. El episodio narrado en *Feeding the Ghosts* es un caso histórico cuyos hechos tuvieron lugar tal y como se relata en la novela. Aunque la práctica de arrojar esclavas/os por la borda era muy común en la época, ya que las leyes lo permitían e indirectamente lo estimulaban, el caso del *Zong* alcanzó una repercusión enorme, ya que puso de manifiesto ante la opinión pública la crueldad del trato que recibían las/os esclavas/os, contribuyendo así en gran medida a impulsar la causa abolicionista.

en que las relaciones raciales se basen en la igualdad. Desde el presente, este narrador, cuyo nombre se menciona una única vez en toda la novela —lleva el nombre de su padre, Christy, y el apellido de su amo, Mason—, narra en primera persona su soledad, su desarraigo y su vagar por el espacio y la historia en una larga búsqueda de la libertad y la muerte que le han sido negadas. Al igual que Mintah en *Feeding the Ghosts*, este narrador enfatiza la necesidad de recordar y narrar los hechos del pasado: “Dear reader, what happened next has happened / countless times, will happen countless more. / Let the record show, for too few are penned...” (6).

En este proceso revisionista, la historia oficial se revela como un constructo narrativo más, al igual que la ficción, lo cual pone en tela de juicio su veracidad y objetividad, en los términos en que se concebía tradicionalmente. Como afirma el Nobel caribeño Derek Walcott, “la historia es ... ficción sometida a una musa caprichosa, memoria. ... Con el tiempo, todo suceso pasa a ser un esfuerzo de memoria, por lo que depende de la capacidad de invención” (2000: 54). En este sentido, es importante destacar que todas las novelas de D’Aguiar son un ejercicio de memoria crítica, mediante el cual el autor da forma y sustancia a una experiencia mal representada por la historia oficial a lo largo de los siglos. Por este motivo, la estructura formal y narrativa empleada por el autor en cada novela resulta esencial para evitar un simple proceso de inversión que situaría a la persona esclavizada en el centro único de la narración y que correría el riesgo de inscribirse en las filas de la “literatura del reproche y de la desesperación” que, según Derek Walcott, ha caracterizado la literatura del “Nuevo Mundo” y que él describe como “una literatura de la venganza escrita por los descendientes de los esclavos o una literatura del remordimiento escrita por los descendientes de

los amos” (54). Las tres novelas de esclavitud de D’Aguiar evitan ofrecer el punto de vista único de la persona africana, dando voz, por el contrario, a personajes pertenecientes a los diversos grupos sociales y raciales que constituían la compleja sociedad esclavista en las Américas. Así, la narrativa da cabida a las voces de las personas sometidas a la esclavitud en toda su diversidad, tanto rebeldes como conformistas, pero también a los plantadores y capataces o a las mujeres blancas, atrapadas entre sus privilegios como europeas y su subordinación como mujeres. De este modo, se abre la posibilidad de integrar un amplio espectro de perspectivas, lo cual produce novelas estructuralmente polifónicas, donde cada una de las voces aporta un punto de vista diferente pero igualmente significativo al retrato completo de la esclavitud y el colonialismo.

Además de D’Aguiar, cabe mencionar otras muchas autoras y autores que han escogido la esclavitud como tema de sus obras. Así, Caryl Phillips (San Cristóbal) le ha dedicado tres novelas (*Higher Ground*, 1989, *Cambridge*, 1991 y *Crossing the River*, 1993), además de ensayos como *The Atlantic Sound* (2000), un libro de viajes a modo de crónica de sus visitas a los diferentes vértices del comercio esclavista (América, Europa y África). La jamaicana Michelle Cliff centra su novela *Free Enterprise* (1993) en el tráfico esclavista, pero poniendo el énfasis en la resistencia contra el sistema; su título, que refleja el capitalismo económico que alimentaba la esclavitud, es deliberadamente ambiguo para acoger también las iniciativas por la libertad que constantemente protagonizaban las víctimas del sistema. Por su parte, Dionne Brand (Trinidad) explora en *At the Full and Change of the Moon* (1999) el trauma físico y psicológico que ha supuesto la esclavitud, un legado que se perpetúa en las generaciones posteriores y en las diversas localizaciones geográficas y culturales de la diáspora caribeña.

Y, más recientemente, destacan dos excelentes novelas: en primer lugar, *The Book of Night Women* (2009) de Marlon James se centra en la revuelta organizada en Jamaica por un grupo clandestino de africanas; y en segundo lugar, *The Long Song* (2010) de Andrea Levy ofrece una crónica de los últimos días de la esclavitud en Jamaica a través de los ojos de una antigua esclava doméstica, testigo privilegiado de la brutalidad de la vida en las plantaciones. Es interesante destacar que ambas novelas ponen de relieve la inevitable interdependencia de los mundos de europeos/os y africanas/os, explorando los intensos conflictos generados por la esclavitud en las relaciones humanas.

También la poesía ha participado de esta revisión histórica: David Dabydeen sitúa su *Slave Song* (1984) en la plantación de caña, mientras que *Turner* (1994) es un poemario originado a partir del cuadro titulado *The Slave Ship*, del célebre pintor inglés del siglo XVIII J.M.W. Turner, que ilustra la práctica común en los barcos negreros de arrojar por la borda a los esclavos muertos o moribundos. Dabydeen, guyanés de etnia indocaribeña, ha ficcionalizado no sólo la esclavitud africana sino también la experiencia de explotación de las/los trabajadoras/es de origen asiático en las plantaciones caribeñas, como en la novela *The Counting House* (1996). Por su parte, la también guyanesa Grace Nichols fue la primera en dar voz a la experiencia específicamente femenina en su poemario *i is a long memoried woman*, cuyo famoso epílogo recoge el inmenso dolor de la pérdida que supuso la esclavitud, pero sobre todo enfatiza la extraordinaria capacidad de las africanas esclavizadas para la supervivencia espiritual y la regeneración cultural, poniendo de relieve la conexión entre aquellas y las mujeres caribeñas contemporáneas: “I have crossed an ocean /

I have lost my tongue / from the root of the old / one / a new one has sprung” (Nichols 1983: 87).

Resulta muy interesante observar que esta revisión contemporánea de la esclavitud es, sobre todo, un fenómeno literario de la diáspora caribeña. Todas las autoras y autores mencionados residen en Gran Bretaña (David Dabydeen, Grace Nichols, Andrea Levy), Canadá (Dionne Brand) o Estados Unidos (Michelle Cliff, Fred D’Aguiar, Caryl Phillips, Marlon James), aunque todos ellos mantienen vínculos con el Caribe, que en el caso de D’Aguiar, Phillips o Levy es, en realidad, la tierra de origen de sus padres. Algunas críticas han señalado que la elección de la esclavitud como paradigma por parte de estas autoras y autores de la diáspora cumple una doble función, ya que les permite permanecer fuertemente enraizados en sus culturas de origen a la vez que revela nuevas afiliaciones culturales y literarias como resultado de su condición migratoria (Ledent 1997: 272).

La emigración ha sido siempre un fenómeno genuinamente caribeño. No hay que olvidar que la actual configuración demográfica de la región es el producto de sucesivas migraciones históricas de distinta naturaleza, algunas forzosas, otras voluntarias. Durante el siglo XX esta tendencia se agudizó, muy especialmente tras la Segunda Guerra Mundial, cuando la metrópolis reclamó mano de obra de sus colonias caribeñas para reconstruir su maltrecha economía de posguerra. La llegada de casi 500 inmigrantes de Jamaica a Inglaterra en el mítico barco *Empire Windrush* en 1948 fue sólo el comienzo de un proceso que ha convertido a la Gran Bretaña actual en la tercera isla más grande del Caribe, después de Jamaica y Trinidad (Dabydeen 1989: 133). En lo referente a la literatura, esto se ha traducido en una descentralización de la producción literaria caribeña, en el sentido de que la

mayoría de escritoras y escritores del Caribe residen, temporal o permanentemente, en la diáspora. No sólo eso, sino que, con el paso del tiempo, la emigración ha dado lugar a una nueva generación de personas (y, por tanto, de escritoras/es) cuya perspectiva no es ya la de inmigrante sino la de ciudadana/o que, sin renunciar a su legado cultural caribeño, se identifica como británica/o, canadiense o estadounidense. Un ejemplo elocuente del cambio de perspectiva se puede observar comparando al poeta *dub*¹⁹ Linton Kwesi Johnson (n. 1952), jamaicano emigrado a Gran Bretaña en la década de 1970, con la novelista Andrea Levy (n. 1956), londinense de padres jamaicanos. Johnson ha dedicado su poesía fundamentalmente a denunciar el racismo, la brutalidad policial y la exclusión social de que fueron víctimas las personas negras en Inglaterra durante décadas. En un famoso poema de 1980 Johnson proclama, en la voz de un inmigrante explotado laboralmente al que ahora acaban de echar de su trabajo después de quince años: “Inglan is a Bitch / Dere’s no escapin’ it / Inglan is a bitch / Dere’s no runnin’ whey fram it”.²⁰ Estas palabras reflejan la imposibilidad de identificarse con una metrópolis explotadora y opresora, donde el inmigrante nunca podrá encontrarse “en casa”. Por el contrario, las tres primeras novelas de Andrea Levy (*Every Light in the House Burning*, 1994; *Never Far From Nowhere*, 1996 y *Fruit of the Lemon*, 1999) reflexionan sobre los procesos de construcción identitaria por parte de personajes nacidos en Londres de padres caribeños: a pesar del

19) La poesía *dub* es un tipo de poesía oral performativa, que consiste en el recitado de poemas, generalmente escritos en criollo, con el acompañamiento de música *reggae*. Suele tener un contenido explícitamente político y social.

20) El poema, como toda la producción de Johnson, está en criollo jamaicano. La traducción al inglés sería: “England is a bitch / There’s no escaping it / England is a bitch / There’s no running away from it”.

racismo, las protagonistas de estas obras reclaman sus derechos como ciudadanas británicas, al tiempo que reivindican la contribución que la generación anterior hizo con su trabajo a la construcción de Gran Bretaña: “I used to think how lucky this country was to have them. How grateful people should be that they came here and did such responsible jobs” (*Never Far From Nowhere*, 5).²¹

Paradójicamente, esta diaporización puede tener efectos negativos sobre la literatura caribeña. El hecho de que la mayoría de autoras y autores del Caribe escriban desde centros diaspóricos está contribuyendo a la apropiación de la literatura caribeña por parte de Occidente, de lo que dan testimonio dos estrategias comerciales opuestas pero complementarias: de un lado, los premios Nobel caribeños Derek Walcott y V.S. Naipaul se comercializan como literatura “universal”, una etiqueta que minimiza su identidad caribeña; y de otro lado, se enfatiza la alteridad de otros autores, como el poeta *dub* Benjamin Zephaniah, cuyas obras abiertamente políticas y críticas con el *status quo* se convierten en exóticos iconos de la negritud, construida como marginal o antisocial por parte de la crítica (Donnell y Lawson Welsh 1996: 439).²²

21) Andrea Levy ha evolucionado en sus novelas hacia un creciente interés por la historia del Caribe, siempre en relación con la metrópolis: así, en su cuarta novela *Small Island* (2004), se centra en las jamaicanas y jamaicanos que llegaron a Inglaterra durante y después de la segunda guerra mundial, mientras que su novela más reciente, *The Long Song* (2010), como decía más arriba, está situada en los últimos años de la esclavitud en Jamaica a través de las relaciones entre esclavistas y esclavas/os en una plantación. Su perspectiva es, pues, la de una escritora inglesa (en su propia definición) que considera necesario visibilizar el legado colonial de sus antepasadas/os como parte de la historia de Gran Bretaña y de la identidad británica contemporánea.

22) Como parte de esta estrategia de apropiación debe interpretarse el ofrecimiento de la Orden del Imperio Británico a Benjamin Zephaniah y a Linton Kwesi Johnson, por sus servicios a la literatura. Ambos la rechazaron, en una actitud coherente

Para complicar más las cosas, como señalan las críticas Donnell y Lawson Welsh, cada vez más la literatura del Caribe está siendo subsumida bajo el paraguas homogeneizador de los estudios poscoloniales y esto puede conducir al descuido de las especificidades culturales y literarias propias del Caribe dentro de un marco conceptual mucho más amplio (438). Estas críticas observan con preocupación que esta situación de la literatura caribeña en el centro representado por las editoriales y las instituciones académicas occidentales podría responder no tanto a una tendencia contemporánea a la globalización, como a un movimiento propio del neoimperialismo cultural occidental (439). Esta usurpación cultural, por otra parte, no es nueva: ya en 1960 George Lamming criticaba la apropiación por parte de Inglaterra de los autores caribeños de la década de 1950 y se preguntaba para quién escribían estos autores, si para el público lector de sus países de origen o para satisfacer las demandas de exotismo del mercado británico.

En este contexto, la literatura continúa su batalla por la soberanía cultural y contra la neocolonización, con una perspectiva anti-imperialista global y, al tiempo, profundamente enraizada en el Caribe y su historia. Véase, por ejemplo, el siguiente fragmento de “While TV Towers Burn (Fall 2001)” de la poeta jamaicana Velma Pollard (*Leaving Traces*, 2008), sobre el atentado contra las Torres Gemelas de Nueva York; Pollard contextualiza este acontecimiento en el marco del expansionismo de Occidente, tanto histórico como contemporáneo:

con su ideología y su práctica literaria y política. En palabras de Zephaniah: “Me enfado cuando oigo la palabra ‘imperio’; me recuerda la esclavitud, me recuerda los miles de años de brutalidad, me recuerda cómo mis antepasadas fueron violadas y mis antepasados maltratados” (2003:2).

Who's bombing?
where's burning
London?
Berlin?
Iraq, Iran or madmen in Grenada?
...
throw the dice now and see
whose luck is out
whose luck is in
terror is terror anywhere
Iran, New York
Port Royal's wreck
so many fathoms deep
(where earth shook up
and not a ripple on the sea)
show them
but will they see?

Es difícil prever el rumbo que va a tomar la literatura caribeña en el marco de una economía y una cultura crecientemente globalizada, mercantilizada y uniformizada, donde los agentes culturales parecen estar cada vez más al servicio de intereses editoriales con criterios puramente economicistas. Sin embargo, la cultura del Caribe sigue siendo tan vital y creativa como lo fue en épocas anteriores de su historia, cuando supo articular las inquietudes sociales que demandaban el autogobierno y la soberanía cultural. Por lo tanto, es de esperar que su reacción ante los desafíos contemporáneos sea, una vez más, regenerarse y redefinirse desde la diversidad mestiza que constituye su mayor riqueza y su seña de identidad.

BIBLIOGRAFÍA

- Blouet, O. M. (2007). *The Contemporary Caribbean: History, Life and Culture since 1945*. Londres: Reaktion Books.
- Brand, D. (1999). *At the Full and Change of the Moon*. Toronto: Alfred A. Knopf.
- Brathwaite, E. (1974). *Contradictory Omens: Cultural Diversity and Integration in the Caribbean*. Mona: Savacou.
- . (1969). *Islands en The Arrivants: A New World Trilogy*. Oxford: Oxford University Press, 1973.
- Burnett, P., ed. (1986). *The Penguin Book of Caribbean Verse in English*. Harmondsworth: Penguin.
- Cliff, Michelle (1993). *Free Enterprise*. Londres, Penguin.
- D'Aguiar, F. (1994). *The Longest Memory*. Londres: Vintage. (Trad. esp. *La memoria más larga*, trad. Verónica Waissbluth, Andrés Bello, 2000)
- . (1997). *Feeding the Ghosts*. Hopewell, The Ecco Press. (Trad. esp. *El mar de los fantasmas*, trad. Verónica Waissbluth y María Frías, Andrés Bello, 2001)
- . (2000). *Bloodlines*. Londres: Chatto & Windus.
- Dabydeen, D. (1984). *Slave Song*. Londres: Dangaroo Press.
- . (1989). "On Not Being Milton: Nigger Talk in England Today". *Tibisiri: Caribbean Writers and Critics*. Ed. Maggie Butcher. Sydney y Mundelstrup: Dangaroo Press: 121-135.
- . (1994). *Turner*. Londres: Jonathan Cape.
- . (1996). *The Counting House*. Leeds: Peepal Tree Press.
- Donnell, A. y S. Lawson-Welsh, eds. (1996). *The Routledge Reader in Caribbean Literature*. Londres y Nueva York: Routledge.
- Hodge, M. (1970). *Crick Crack Monkey*. Oxford, Heinemann.
- . (1994). *For the Life of Laetitia*. Nueva York: Farrar, Strauss & Giroux.

- Hulme, P. (1986). *Colonial Encounters: Europe and the Native Caribbean 1492-1797*. Londres y Nueva York: Routledge.
- James, M. (2009). *The Book of Night Women*. Oxford: Oneworld.
- Khan, A. (2004). *Callaloo Nation: Metaphors of Race and Religious Identity among South Asians in Trinidad*. Durham: Duke University Press.
- Kincaid, J. (1985). *Annie John*. Londres: Pan. (Trad. esp. *Annie John*, trad. Héctor Silva, Círculo de Lectores, 1989)
- Kutzinski, V. M. (2001). "Introduction", *A History of Literature in the Caribbean*, vol 2. Ed. A. James Arnold. Amsterdam y Philadelphia: John Benjamins: 9-19.
- Lamming, G. (1953). *In the Castle of My Skin*. Londres: Longman.
- . (1992). "The West Indian People: A View from 1965". *George Lamming: Essays, Addresses and Interviews 1953-1990*. Eds. Richard Drayton y Andaiye. Londres: Karia Press.
- Ledent, B. (1997). "Remembering Slavery: History as Roots in the Fiction of Caryl Phillips and Fred D'Aguiar". *The Contact and the Culmination: Essays in Honour of Hena Maes-Jelinek*. Eds. Marc Delrez y Bénédicte Ledent. Lieja: Université de Liège: 271-80.
- Levy, A. (1994): *Every Light in the House Burning*. Londres: Headline Review.
- . (1996). *Never Far From Nowhere*. Londres: Headline Review.
- . (1999). *Fruit of the Lemon*. Londres: Picador.
- . (2004). *Small Island*. Londres, Picador. (Trad. esp. *Pequeña isla*, trad. Daniel Najmías, Anagrama, 2006. Trad. cat. *Petita illa*, trad. Dolors Udina, Proa, 2006)
- . (2010). *The Long Song*. Nueva York: Farrar, Strauss & Giroux.

- Mateo Palmer, M. (1990). *Narrativa caribeña: reflexiones y pronósticos*. La Habana: Editorial Pueblo y Educación.
- Naipaul, V.S. (1958). *Miguel Street*. Londres: Penguin. (Trad. esp. *Miguel Street*, trad. Flora Casas, Mondadori, 2004)
- Nichols, G. (1983). *i is a long memoried woman*. Londres: Karnak House.
- Phillips, C. (1989). *Higher Ground*. Londres: Picador.
- . (1991). *Cambridge*. Londres: Picador.
- . (1993). *Crossing the River*. Londres: Picador. (Trad. esp. *Cruzar el río*, trad. Gian Castelli, Alianza, 2004)
- . (2000). *The Atlantic Sound*. Nueva York: Knopf. (Trad. esp. *El sonido del Atlántico*, trad. Gian Castelli, Alianza, 2001)
- Pichardo, E. (1976). *Diccionario provincial casi-razonado de voces y frases cubanas*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.
- Pollard, V. (2008). *Leaving Traces*. Leeds: Peepal Tree Press.
- Reid, V.S. (1949). *New Day*. Londres: Heinemann.
- Selvon, S. (1952). *A Brighter Sun*. Londres: Longman.
- Senior, O. (1986). *Summer Lightning and Other Stories*. Harlow: Longman.
- . (1989). *Arrival of the Snake Woman and Other Stories*. Harlow: Longman.
- . (1995): *Discerner of Hearts*. Toronto: McClelland and Stewart.
- Varela Zapata, J. (1998). *V.S. Naipaul: Sociedad postcolonial y literatura de la Commonwealth*. Santiago de Compostela: Universidade de Santiago de Compostela.
- Walcott, D. (2000). *La voz del crepúsculo*. Trad. Catalina Martínez Muñoz. Madrid, Alianza Editorial. (*What the Twilight Says*, 1998).
- Zephaniah, B. (2003). "Me? I thought, OBE me? Up yours, I thought". *The Guardian*, 27 noviembre, sección G2: 2.

LITERATURA CANADIENSE EN INGLÉS: SUPERACIÓN DE LA GEOGRAFÍA

Belén Martín Lucas

Canadá es el segundo país más grande del mundo, con una extensión de diez millones de km² habitados por apenas 34 millones de personas de muy diverso origen étnico. Esta escasa población se concentra en una estrecha franja donde se ubican la inmensa mayoría de las urbes del país, a lo largo del paralelo 49, la delgada línea fronteriza que lo separa de su poderoso vecino del sur, los Estados Unidos. Aunque las ciudades más pobladas y conocidas son Toronto, Montreal y Vancouver, la capital del país es la pequeña Ottawa. El estado federal se divide en diez provincias y tres territorios, cuyos nombres dejan bien patente tanto su historia colonial como la presencia de naciones aborígenes que, provenientes de Siberia, se extendieron por todo el territorio del actual Canadá hace más de 40.000 años. Las provincias se extienden del Atlántico al Pacífico: Terranova y Labrador (capital St. John's), Isla del Príncipe Eduardo (Charlottetown), Nueva Escocia (Halifax), Nuevo Brunswick (Fredericton), Quebec (Quebec), Ontario (Toronto), Manitoba (Winnipeg), Saskatchewan (Regina), Alberta (Edmonton) y Columbia Británica (Victoria). Los territorios son más extensos pero escasamente poblados, al estar situados en las zonas más al norte del país: Nunavut (Iqaluit), Yukon (Whitehorse) y Territorios del Noroeste (Yellowknife). Los primeros contactos con Europa son muy anteriores al llamado "descubrimiento" colombino, datan del año 1000 en el que ya había algunos asentamientos vikingos en Terranova, territorio que sería explorado por el veneciano Giovanni Caboto (conocido como John Cabot) en 1497 en